

**Novela** La infidelidad irrumpe en la vida de una pareja que acaba de adoptar una niña y que, sometida a la inspección de adopciones, debería parecer perfecta. En un plato de la balanza, el miedo. En el otro, el amor masoquista

## Problemas normales

JULIA GUILLAMON

Cansada de las desconexiones de Marcel, Julia se esfuerza para volver a ilusionarse y vive un momento de euforia: se cierra en la cocina con Naima –la hija adoptada–, marina pollo con soja y jengibre, confita berenjenas al horno, rellena empanadillas con mermelada de cebolla y setas, y adelanta una compota de manzana para servir con yogur griego en la cena. Se ha visto obligada a dejar el trabajo, pero tiene la vida que deseaba –dice la autora que recoge sus pensamientos–. De pronto, en este pequeño mundo de la Riera de Sant Miquel se introduce un elemento que no es *new age*: la infidelidad de toda la vida, de antes de la revolución sexual. Y los celos que disponen de mecanismos insospechados: control de horas de conexión de WhatsApp, teléfonos móviles y direcciones de correo electrónico.

Marta Carnicero (Barcelona, 1974) sabe crear muy bien la atmósfera de obsesión que va minando la relación entre los protagonistas: a cada mentira de él, una construcción mental de ella. La relación se va degradando hasta que ya no es posible dar mar-

cha atrás. La descripción de la infidelidad es muy eficaz y, de largo, lo mejor del libro. Que tiene una trama paralela: aquella niña que hacía compañía a su madre en la cocina, ha crecido, también ha adoptado, y ha de reconstruir la relación con su padre.

La novela discurre en tres planos paralelos: la historia de Marcel y Julia, una historia de pareja de antes de la crisis económica. Una pareja convencional (aunque ella ha escrito un libro), una historia de aquellas de ir quemando etapas: la infidelidad es un paso más de una trayectoria inevitable. Del otro lado, el deseo de la hija de superar el trauma de la separación de los padres y expresar los sentimientos retenidos. Y en un plano más abstracto, la reflexión sobre el dolor.

Carnicero invoca la sombra protectora y moderna de Sophie Calle, que debe ser la artista contemporánea más citada en la literatura de los últimos veinticinco años (la catalana tampoco escapa de ello). Julia vive la situación de abandono como una *douceur exquise* que podría formar parte del libro de Sophie Calle: toda historia de amor es una historia de dolor. La protagonista lo sigue al pie

de la letra. Los cielos de Google tienen siempre la misma tonalidad, la luz es siempre de media tarde. Por debajo de esa normalidad tecnológica, sentimientos, incertidumbre, pasiones, recelos. En un plato de la balanza, el miedo a romper con la seguridad de una vida sin sobresaltos (para huir con una mujer casada, con niños, compañera en el instituto). En el otro, el amor masoquista. El libro de Marta Carnicero quiere mostrar tal como es el color del cielo y no sé si por temperamento o por voluntad estética, tira hacia cielos nublados, encendidos, cielos tempestuosos y sin luna.

La novela, que es todo intensidad, tiene una propuesta de traducción al inglés: Carnicero, que se graduó en el máster en Creación Literaria de la Universitat Pompeu Fabra, que ha escrito libros de gastronomía y tiene una larga trayectoria en los medios de comunicación hablando de cocina, entra con buen pie en la literatura. Bienvenida. |

**Marta Carnicero**  
El cel segons Google

LA MAGRANA, 144 PÁGINAS, 12 EUROS



La autora Marta Carnicero

RBA

**Narrativa** Homenaje al líder de El Niño Gusano

## Champán para todos

MIQUI OTERO

Dicen que todos lo llamaban el sereno porque tenía las llaves de la casa de casi todos sus amigos del barrio. Que decía que las cosas eran “chulas” o “níquel”. Que cuando entraba en su bar gritaba: “¿Queréis ver las estrellas?” y entonces se bajaba los pantalones y enseñaba unos calzoncillos estampados de estrellas. Que cuando pinchaba allí, ponía *Camarera de mi amor*, de Machín, y se la dedicaba a sus camareras.

Una de ellas era Aloma Rodríguez (Zaragoza, 1983), que entonces ya escribía aunque no se consideraba escritora –lo descubrió un día cuando su profesora de lenguas se lo dijo en italiano tras preguntarle en clase a qué se dedicaba–. Poniendo cócteles y cuadrando caja conoció la también autora de *Solo si te mueves* al líder de una de las bandas de música pop española más sorprendentes y especiales de las últimas décadas. Se

llamaban El Niño Gusano y su compositor y cantante, Sergio Algorta, era también uno de esos poetas que conciben los poemas como estornudos: divertidos, espontáneos, absurdos, inevitables y sintoma de algo peor. Algorta era como Boris Vian: ambos mezclaban literatura y música, rezo- zaban en la risa surrealista y murieron a los 39 años –y poco después de su cumpleaños– por un fallo –cardíaco y de todo tipo–. Algorta solía llevar camisetas muy cerradas en torno al cuello porque si no se verían las cicatrices –derivadas de su dolencia– en el corazón.

A los que escribimos nos toca siempre pensar unas líneas en los funerales. Rodríguez lo hizo en el de su jefe y amigo. Leyó: “El solía bromear: ‘Sergio Algorta ha muerto. Champán para todos’. Esta vez va en serio”. Ahora ha ido más allá. *Los idiotas prefieren la montaña* funciona, como *Laura*, de Otto Preminger: da igual



Aloma Rodríguez

MARIA SÁNCHEZ

que no conozcamos a la mujer asesinada que da título a la película, porque nos fascinamos por ella en base a las anécdotas y los tembleques que su memoria ha dejado en los que la conocieron. En los obituarios de los periódicos no salieron todos esos rasgos mínimos que aparecen en el primer párrafo de esta reseña. Y sólo mediante un libro así –preñado de emoción en su contención escrupulosa, con una densidad sentimental de diamante– entendemos la relevancia del artista y de la persona. Sus 112 páginas son el ejercicio de alguien que está muy triste, pero que se niega a llorar y como mucho hipa un poco y le da la risa nerviosa cuando recuerda a alguien que fabricaba dados con la palabra *hoy* en cada lado y que decía: “Si un día el cielo nos vuelve a dar la espalda / le clavaremos un muñeco de papel”.

Al poco de su muerte, apareció en la valla de delante del Bacharach (el bar donde ambos trabajaban) una pintada en su honor: “Un jardín en cada poro”. Gracias a este libro podemos decir: “Sergio Algorta está vivo. Champán para todos”. |

**Aloma Rodríguez**  
Los idiotas prefieren la montaña

XORDICA EDITORIAL, 104 PÁGINAS, 11,95 EUROS

press reader

Printed and distributed by PressReader  
PressReader.com - +34 904 278 6864  
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW